



#### CAPÍTULO XIV.

---

DE CÓMO LAS NOTICIAS DE CELSO  
ACERCA DE LA CASA DE CARLOS, ERAN  
FIDEDIGNAS.

**N**OS lectores que hayan tenido la amabilidad de leer nuestras anteriores novelas nos perdonarán que nos ocupemos de dar en este capítulo algunas noticias de Chona, de Carlos y de Salvador; personajes conocidos ya, excepto de los que por primera vez nos favorecen leyendo el presente libro.

Carlos es, como dijo muy bien Gómez,



el dueño de la hacienda grande, en la cual Gómez, en su calidad de mayordomo, se acreditó en un tiempo de hombre honrado.

Chona es la esposa de Carlos, es una señora aristocrática, elegante y severa, y ama por primera vez, á pesar de su estado, á Salvador, joven elegante, rico y natural de Buenos-Aires.

Anualmente visitaba Carlos sus haciendas; y á tales escursiones lo acompañaban generalmente su mujer y algunos amigos, que, en alegre caravana, recorrían las hermosas posesiones de Carlos, y llevaban la fiesta y la animación por todos los pueblos, ranchos y haciendas inmediatas.

La visita anual era un acontecimiento que ponía en movimiento á todos los rancheros de las cercanías, quienes á porfía se disputaban el placer de hacer los honores del recibimiento.

En un rancho recibían un día á la alegre comitiva con una corrida de toros; en otro cortijo ó lugarejo con un coleadero y manga-neadero; en otro con una tamalada; más allá

con un almuerzo; y en suma, no había lugar, pueblo ó ranchería donde el amo no fuera recibido con las mayores muestras de regocijo.

En aquel año la visita del amo se había retardado, y esto, si bien por una parte había sido una contrariedad, por otra había acrecido el entusiasmo de la servidumbre, que tuvo ocasión de hacer dobles preparativos.

Salvador, invitado por Carlos, era de los primeros de la comitiva; y aunque se habían presentado hasta allí algunas dificultades, estaba casi decidido que la comitiva se compondría aquel año, de tres familias, además de la de Carlos; y como iba á estrenarse la capilla de la hacienda, reedificada y hermo-seada notablemente con una obra que había durado un año, se dispuso que un sacerdote formara parte de la expedición; en virtud de lo cual se iba haciendo necesario cada día, hacer nuevos preparativos.

Se contrató una orquesta, se ajustaron cantantes y pianistas para todos los días que habían de durar las fiestas.



Los criados de la casa de Chona, quienes por cuenta de sus salarios acababan de recibir una buena suma, para hacer por su parte sus preparativos, compraban todo el día anillos, pendientes y cuantas chácharas y baratijas les venían á las manos.

El surtidor especial de la servidumbre de la casa, era un varillero de alta estatura, delgado y nervioso, de mirada penetrante y labios delgados; tenía buenas maneras y mucha verbosidad y afluencia para lograr por ese medio colocar sus mercancías.

Este varillero se llamaba Angulo; había recorrido á pié toda la república, y se preciaba de conocer á todos los *mañosos*.

Angulo había nacido comerciante, y tenía todo ese aplomo en el mentir y toda esa sagacidad china para el embuste y la cábala; sabía ganar un quinientos por ciento en objetos totalmente declarados *mulas* en el comercio; hacía cambios ventajosísimos, y comerciaba algunos días de la semana en cambiar loza por ropa vieja; no porque este comercio fuese de su principal inclinación,



Este varillero se llamaba Angulo.



sinó por que esto le proporcionaba poseer prendas de vestuario de todas clases y usos, sin inspirar sospechas.

En efecto, Angulo compraba prendas robadas, sin maldita la aprensión; y la policía nunca sospechó, ni aún pensó en catear la casa de Angulo, pues se le conocía como cambiador de trastos por ropa usada.

En la casa de Angulo se confundían los botines de un asesinado con otros cambiados por un pozuelo; y la levita de un desbalijado se convertía en toquillas á la mañana siguiente ó en cortes de babuchas y botines que la mujer de Angulo *aparaba* y vendía á los zapateros pobres.

Angulo conocía á todos los viandantes, á todos los italianos tocadores de organito, á todos los peajeros y á las autoridades de muchos pueblos.

Iba de feria en feria, de ciudad en ciudad, y de pueblo en pueblo, desde México hasta el Saltillo; desde el Saltillo hasta Morelia; desde Morelia hasta Veracruz.

Para caminar libremente con garantía pa-



ra su ancheta, había tenido que encompardar con los compadres, á quienes prestaba importantes servicios; todo lo sabía Angulo, todo la averiguaba, y sus largas piernas de cobre le servían para devorar leguas como cualquier locomotiva.

Rascaba en la ciudad y desembuchaba en el campo; y allí, á la sombra de algún árbol, ministraba á los compadres valiosos datos y hacía graves denuncias.

Por eso los compadres le llamaban el *Ratón*. El ratón hacía agujeros en las casas: sólo que en vez de dientes roedores, empleaba las baratijas y los collares; inocentes vínculos que lo ligaban, entre otros lazos, con el del amor en más de una cocina, de donde además de las dulces ilusiones de unos amores semiculinarios, sacaba fidedignas é importantes noticias para Gómez y otros de su calaña.

Los hombres como Angulo son nuestros judíos; solo que su religión y sus costumbres difieren de las de aquéllos.

Angulo había logrado hechizar á la ga-

lopina de la casa de Carlos, que era, como se dejará entender, su más constante consumidora de baratijas.

Del fondo de este amor brotaba la fuente de las grandes noticias, y de las denuncias en las cuales se jugaba la honra, la reputación, la vida y la fortuna de una familia; pero ése era el precio del salvo-conducto de Angulo, quien más de una vez se vió precisado á aceptar las albricias de un buen soplo.

El varillero penetraba hasta la cocina con permiso del portero, que se llamaba Santos, y era un viejo soldado inválido, y quien en lo más recóndito de su conciencia honrada, se reprochó más de una vez su debilidad por haber dado entrada á Angulo.

—No me gusta este hombre, decía Santos en su cuarto á su entenada; ha de ser mañoso, tiene una cara y unos modos que no me gustan; y luego esa cicatriz que se cubre con el cabello... Yo no sé, yo no sé, murmuraba el viejo, pero el tal varillero me parece un pájaro de cuenta.



Los refunfuños del viejo portero habían sido ya causa en la cocina de serios disturbios y de hablillas incesantes, á las que Angulo ponía termino prudentemente dejando de ir á la casa por algunos días.

Ya no le cabía duda al Ratón de que la familia no tardaría en ponerse en camino.

Estaban dispuestos cinco carruajes, y entre ellos el faetón de Salvador; caballos de silla, dos carros con equipajes, comestibles, vinos, camas y todo cuanto pudiera apetecerse en materia de comodidades.

El padre capellán estaba ya provisto de la respectiva licencia eclesiástica; las criadas se habían confeccionado enaguas vistosas, y habían comprado rebozos de bolita.

La galopina veía acercarse el cruel momento de separarse del varillero; pero éste no vaciló en jurar que la seguiría con todo y ancheta hasta el fin del mundo; y este juramento de amor tenía tanto más fundamento, cuanto que Angulo tenía la obligación de anticiparse á la familia en su mar-

cha, para estar oportunamente en los terrenos de la hacienda grande.

La galopina acabó de perder el juicio al recibir esta prueba palmaria del amor de Angulo; de manera que la despedida fué larga cuanto tierna y apasionada; se repitieron los juramentos, y el varillero, en un arranque de liberalidad y de entusiasmo, no vaciló en regalar á la galopina los mejores aretes de la vidriera, que eran unos falsos camaféos con bustos griegos.

Entre tanto, Salvador y Chona ocupaban en la sala el lugar de costumbre; quiere decir, Chona estaba sentada en el sillón, cuyo respaldo daba al balcón, y dando según hemos dicho en el libro anterior, la cara á un magnífico grabado que representaba á Daniel en presencia de los leones.

—Un cuadro más variado y más digno de nuestro amor nos espera, Chona, decía Salvador; ya me cansan los salones y me sofoco sobre los resortes de los muebles; tengo no sé que dulce ansiedad porque llegue el momento de contemplarte cuando la natu-



raleza dibuje un fondo de paisaje digno de tu figura y de tu amor; me siento poeta, Chona; hoy empiezo á comprender todo lo que cien veces he despreciado en los versos.

—¿De veras? preguntó Chona cariñosamente.

—Sí, Chona; anoche leí versos.

—¿Tú?

—Sí, Chona; versos que me hicieron un bien, porque encontré en ellos mucho de lo que yo quisiera decirte, y que no he sabido decir; y por la primera vez me estoy figurando que ha de ser delicioso amarte en el campo; me parece que los cielos tachonados de estrellas, que las mañanas frescas y brillantes, que los campos todos, con su agreste pompa y sus encantos misteriosos, nos esperan, nos llaman para saludarnos, para hacernos ver que ellos solos deben ser los testigos de nuestro amor, que á ellos solamente debemos confiarles nuestros dulces secretos y nuestras íntimas alegrías. Sí, Chona, desde que te amo tanto, me parece es-

trecho el mundo y mi amor busca á tu lado un horizonte digno de él, porque mi amor es el eslabón de una cadena cuyo extremo se pierde en el infinito; y allá en el mundo de la luz y de la eternidad, es donde el Dios de los espíritus libres va á ceñirnos la corona de eternos desposados; entretanto espero, y la esperanza es tan grata, que me anima en mi tránsito por este mundo, en donde sólo nos preparamos al gran viaje de ese gran camino del que ya no podrá separarnos ni el destino ni el hombre.

—¡Qué feliz eres con tus ilusiones, y cuánto siento no haberme vuelto por fin, como tú, espiritista!

—¡Con mis ilusiones! exclamó Salvador, ¡llamas ilusiones á la luminosa revelación, á la verdad descubierta para mí por medio del soplo imperecedero del espíritu! ¡ilusión á lo que es tan palpable! Pero llámale ilusión, y sueño, y fantasía: ya sabes que me he impuesto el deber de no obligarte á pensar como yo, porque sé que al fin aceptarás esto de que muchas veces te burlas, y que



para mí es el dogma de los espíritus fuertes, que saben elevarse sobre las viejas ruínas de la tradición y sobre las esferas de la sombra.

—No sé todavía, dijo Chona con aire de tristeza, hasta qué abismo podrá conducirnos este amor insensato.

—Yo sé hasta qué cielos vamos, y en qué abismos vivimos: y mido la pequeñez de nuestros imposibles del mundo, de nuestras mezquinas contrariedades, como abarco los inmensos horizontes en que nuestro amor, un día sin trabas, desplegará sus alas para atravesar el edén de los que se aman como nosotros. ¿Qué importa un sacrificio más? ¿Qué importa un día en nuestra carrera eterna?

—¡Eterna! ¿Y si es de penas?

—¡Jamás! El Sér omnipotente no formó los seres superiores, para hacerlos perecer en el eterno círculo de las destrucciones: el hombre es la tangente de esos círculos precisos, trazados por una mano sabia para mantener las reproducciones por medio de

la inmolación constante; ¡pero nosotros! ¡pero tú tan pura y tan grande, tan espiritual y tan inteligente, tú, perderte en el aplastamiento vulgar de los seres sacrificados á la ley que todo lo consume para mantener al hombre! Jamás, Chona, jamás: yo creo en la pluralidad de los mundos; esos millones de globos que cintilan son mundos habitados, mundos tal vez de maravillas; mundos más antiguos que la tierra y más perfectos; mundos donde la ciencia sea el elemento espiritual, y la última perfección el premio inmortal: humanos aquí, pasaremos espiritualizados á ser ángeles allá, para quienes no habrá distancias ni barreras, sinó la luz divina por númen, el universo por morada, la verdad por creencia y Dios por alma.

—Allá, Chona, allá nos amaremos, allá está la felicidad y la vida verdadera; aceptemos aquí nuestro purgatorio y nuestra cruz, nuestra purificación y nuestro voto, pero con la llave de nuestra fé más pura que nos abrirá el paraíso.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1 de Mayo 1925 CANTERREY. N.º 100



La mirada de Salvador ejercía ya un poder magnético sobre Chona, y cada vez que Salvador la imponía silencio sólo con la fuerza de su voluntad, Chona se sentía embargada y enteramente á merced de aquel influjo sobrenatural, al que jamás pudo resistir ni con toda la fuerza de su conciencia estremecida, ni con el poder físico de sus acciones y movimientos.

Cuando Salvador no podía vencer del todo, con la fuerza de la lógica, los escrúpulos de conciencia de Chona, recurría á inundarla con el fluído de su poder magnético, y Chona acababa por entregarse á un éxtasis de amor, cuya duración sólo Salvador calculaba.

Acababa Chona de entrar en uno de esos éxtasis, estaba con la mirada fija en Salvador, y en sus labios se dibujaba una sonrisa tranquila de apacible bienestar.

Salvador tomó entre las suyas una de las bien modeladas manos de Chona y la llevó á sus labios.

Imprimió en ella un solo beso, y la bajó

lentamente para depositarla en el regazo de Chona.

Había en este movimiento de Salvador un sentimiento tan puro de castidad y de respeto, que se podía afirmar que le era repugnante y despreciable el abuso.

Salvador contempló á Chona por largo tiempo, pero con una atención tal, que se hubiera dicho que no se había interrumpido la conversación del pensamiento.

Así permaneció mucho tiempo hasta que notó que la respiración de Chona se hacía fatigosa, y casi de una manera imperceptible dijo Salvador:

—Despierta... Despacio, murmuró en seguida, y articulaba palabras que parecían incoherentes y como si con ellas estuviera completando períodos que Chona pensaba más bien que decía.

En seguida, era Chona ya, y no Salvador, quien decía de vez en cuando una palabra.

Era que Salvador evitaba las transiciones, y tenía el poder de hacer volver á Chona á la vida real, pasando de ésta al sueño mag-



nético y del sueño á la vida, casi sin apercibirse de ello.

—¿Qué tienes? preguntó cariñosamente Salvador al cabo de un rato.

—Una cosa rara, contestó Chona.

—¿Qué es ello?

—Siento con tu mirada algo que me parece un sueño; hay en tus ojos como un desvanecimiento, y aún me parece que llevo á estar callada un largo rato.

—¿Eso sientes?

—Sí.

—¿Y lo has sentido ahora?

—Sí. ¿No es cierto que he estado callada largo tiempo?

—No, Chona; nuestra conversación se ha mantenido sin interrupción; has hablado, te he contestado, y yo no he notado nada.

—¡Qué cosas tan raras me pasan! pero no puedo explicarlas: yo las comprendo, pero á medida que me esfuerzo para decírtelas, me sucede lo que con esos sueños que le dejan á uno una impresión agradable; pero que mientras más luchamos por re-

cordarlos, se pierden más y más á medida que despertamos y á medida que nos empeñamos en que no se nos escapen las imágenes.

—Las excitaciones nerviosas, dijo sencillamente Salvador, producen á veces cortos deslumbramientos pasajeros, en los cuales sufre la memoria algunos cambios y extravíos; pero no hay que fijarse en esos pequeños cambios, si no queremos hacerlos notables y sensibles, cuando, sin fijarnos en ellos, pueden muy bien pasar desapercibidos.

Carlos, contra su costumbre, apareció en la sala de improviso.

